



JESÚS QUINTANAR

Sí hay para chapotear. "Bien jodidos, pero bien divertidos", festejaban muchos de los 2 mil 530 bañistas de la playa abierta en Aragón

Sin lana para ir a Caleta y Caletilla, decenas llevan a sus familias a las *chilangoplayas*

“¡BIEN JODIDOS, PERO, ESO SÍ, BIEN DIVERTIDOS!”

Para las 3 de la tarde, más de 2 mil 500 bañistas disfrutaban de su “pedacito de paraíso”, que imaginaban azul turquesa, en el balneario de Aragón

México ▶ Marisol García Camargo

Su destino para estas vacaciones eran Roqueta y Caleta, además de La Quebrada, en Acapulco; sin olvidar Pie de la Cuesta. Pese al “guardadito” para el viaje, el súbito desempleo del padre cambió el itinerario de esta familia y los trajo al Balneario Playa del Bosque de Aragón. “Bien jodidos, pero bien divertidos”, resumen entre risas y chapuzones.

Sin importar la larga fila para ingresar y el bochorno, los Sánchez Martínez llegaron desde temprano a una de las ocho playas artificiales

instaladas en el Distrito Federal; dicen que aunque no conocen el mar, este “pedacito de paraíso” les basta, pues “ya vendrán tiempos mejores”.

Provenientes de la colonia Valle de Anáhuac, Carmen y Salvador llegaron con sus cinco hijos, todos menores de diez años, al complejo que incluye dos albercas, un segmento de pasto falso y docenas de sillas.

Pese a los cientos de almas, que para las tres de la tarde superaban las 2 mil quinientas, la familia “se apirañó” uno de los lugares más cotizados: el camastro ubicado bajo la sombra de un eucalipto.

El presupuesto no alcanzó para

Continúa en siguiente hoja



más. “¿Qué más hubiéramos querido que llevar a los chamacos a conocer Acapulco... pues ni modo, que se chinguen con esta playita”, comenta entre risas Salvador Sánchez.

En la alberca, que apenas alcanza los 38 metros cuadrados y el metro 80 de profundidad, los cuerpos de los hijos de este matrimonio se pierden entre cientos de pieles tostadas.

“El agua está bien rica, lo único malo es que chocamos con otros niños a cada rato”, comenta Israel, quien se da unos minutos para comerse la torta preparada con los sobrantes de comida del día anterior.

A los panes rellenos de albondigas los acompañan los frijoles refritos, las palomitas y las empanadas de chorizo y, ¡por supuesto!, no podía faltar el postre: las naranjas.

Los Sánchez Martínez no son los únicos que traen “itacate”; al menos otras seis familias extienden sobre manteles improvisados recipientes con arroz, huevos hervidos, jamón y agua de horchata.

Ya entrado el mediodía, el olor a comida casera se confunde con el cloro que despiden las aguas que, para el cierre del complejo, ha adquirido un tono grisáceo.

—¿Cree que el agua esté limpia?
— se le pregunta a la madre

—Pues yo me imaginaba una azul turquesa, pero... bueno, me tranquiliza que Marcelo Ebrard haya dicho que están limpias y que huelan harto a cloro. Siempre se corren riesgos...

Pero para Carmen su principal preocupación no es el “agüita gris”, como le dice su hija Susana, sino haber olvidado el bronceador. Cubierta con un blusón y unos pants doblados hasta la pantorrilla, se le escucha decir: “Ya ves, te dije Chava,

echa el bronceador; mínimo una tostadita hubiéramos ganado”.

En el horizonte de esta playa urbana no se mira la vegetación exuberante de las costas reales; los límites de esta atracción turística los conforman el puente del Transporte Colectivo Metro y la mancha urbana que invade los cerros.

Pero a ellos, los cuerpos pequeños, grandes, delgados, obesos, morenos y de piel clara, parece no importarles; todos ellos juegan, se salpican, tiritean, “echan novio” y se asolean, sin importar los casi 30 grados de temperatura que pronostica el [Servicio Meteorológico Nacional](#).

—¿Y qué hay de los gastos?

—No, pues hasta ahorita no hemos gastado tanto, sólo el pasaje y en los cuatro trajes de baño que compramos... unos 200 pesos. Imáginese si nos hubiéramos ido a Acapulco.

En efecto, los comerciantes apostados en el cerco hacen su agosto. Aquí se puede comprar desde sombreros con figuras de fomi hasta los clásicos flotadores con forma de pato. No pueden faltar los trajes de baño, que a diferencia de las zonas turísticas, cuentan con un único diseño.

Los atavíos para nadar consisten en dos piezas hechas con licra, a un “baratísimo” precio de 30 pesos el de niña y 40 el de mujer. Todos unitalla.

Sin embargo, no hace falta más. En las playas que se asientan sobre el asfalto no sabe de marcas o de *glamour* en traje. “Nada más porque te piden traje de baño para entrar a la alberca; si no, hasta con un *short* y una blusa se puede”, acota Salvador. ■■



JESUS QUINTANAR

